

## BARDEM

Serían las doce de la mañana del 5 o 6 de abril de 1976. Nos encontrábamos en los calabozos de la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, y un agente de la Policía Armada nos leía la comunicación



ra los más jóvenes, Bardem era uno de los grandes mitos «del Partido». Le conocí tres o cuatro años antes de la muerte de Franco y tuve la suerte de gozar de su afecto y cariño. Desde la dirección del PCEO se había tomado la deci-

sión de constituir una «comisión de unidad», de la que formábamos parte las personas que representábamos al partido en los diferentes niveles de la Junta Democrática. Más tarde, como ya se ha publicado, la noche de los asesinatos de los abogados de la calle Atocha, por cierto, militantes del PCE, aunque algunos que entregan premios en su nombre lo olviden, transmitió como pudo la grave preocupación y la sugerencia de Juan José Rosón, amigo suyo y gobernador civil de Madrid en ese momento, para que abandonáramos nuestros domicilios «porque no tengo más que una veintena de policías de confianza y la extrema derecha puede actuar». Años después se enfadó conmigo porque ingresaba en el PSOE. «¡No te quiero!, ¡no te quiero!», me decía mientras nos abrazábamos. «Sigo pensando lo mismo», pude explicarle. Adiós Bardem, y gracias por todo.

Enrique CURIEL

Era un ser entrañable. Los recuerdos de aquellas semanas son imborrables. Naturalmente no había campo de tenis, de modo que Juan Antonio y unos cuantos ayudamos a pintar un campo en el patio; pidió a su familia varias raquetas y pelotas, y allí transcurrieron las cuatro o cinco semanas hasta que Fraga ordenó nuestra liberación. Era un conversador excepcional, brillante. Tenía una actitud ante la vida optimista, y a la vez, burlona. Como más tarde declaró, «nunca me sentí más seguro» que en Carabanchel rodeado por los camaradas del Partido. Por allí estaban Antonio García Trevijano, Simón Sánchez Montero, Marcelino Camacho, Francisco Romero Marín, «el tanque», que habían sido detenidos unas semanas antes como integrantes de la Junta Democrática de España. Camacho, al que respetaba profundamente por sus años de cárcel, le traía por la calle de la amargura. Marcelino nos reunía a los militantes «del Partido» de la prisión y nos leía resúmenes de la prensa diaria sobre la coyuntura económica, las dificultades crecientes del Gobierno Arias-Fraga y la situación internacional. Bardem se aburría y un buen día le dijo a Marcelino cariñosamente: «¡Mira Marcelino!, si sigues leyéndonos todo eso a diario, me borro del materialismo histórico y del dialéctico». Pa-

ra los más jóvenes, Bardem era uno de los grandes mitos «del Partido». Le conocí tres o cuatro años antes de la muerte de Franco y tuve la suerte de gozar de su afecto y cariño. Desde la dirección del PCEO se había tomado la deci-

## SARASOLA

Siempre habrá quien en la hora de su muerte ponga el acento casi en exclusividad en sus negocios y en que era el amigo de Felipe González, pero Enrique Sarasola merece pasar página dejando un recuerdo más generoso. Fue, desde luego, de una lealtad incuestionable a F. G. y es evidente que fue también un hombre de negocios. Pero además de eso Enrique Sarasola ha sido amigo de sus muchos amigos, amigo hasta la muerte; ha sido un hombre positivo ante la vida aun en los momentos más difíciles, lo ha demostrado con creces estos dos últimos años en que se planteó su lucha contra el cáncer como una batalla contra el maligno que no estaba dispuesto a perder, y aguantó con tanta firmeza que trans-

El secuestro de centenares de personas en el teatro Dubrovka, de Moscú, por un comando checheno y el sangriento desenlace, por el ataque de tropas especiales rusas, vuelve a plantear un problema antiguo. ¿En la

lucha contra el terrorismo vale todo? Antes del 11 de septiembre de 2001, la respuesta podría haber sido negativa. Ahora, tengo bastantes dudas, aún entre aquellos que han presumido de haber luchado por la democracia y los derechos humanos.

El Gobierno de Putin viene siendo denunciado por Amnistía Internacional por la persistente violación de los derechos humanos. Torturas en comisarias; malos tratos en las prisiones y violencia contra las minorías étnicas y religiosas. En Chechenia, entre las hazañas de las tropas rusas, abundan los secuestros, las «desapariciones», las ejecuciones extrajudiciales y las violaciones.

Por eso, no es de extrañar, que no hiciera caso al mensaje recibido de los secuestrados pidiendo «una decisión sensata», que no pusiera en peligro sus vidas. No parece que intentara negociar nada con los terroristas. Sólo ganó tiempo para preparar los comandos que desarrollarían el ataque al teatro.

## TERRORISMO Y CINISMO



Las consecuencias de la incompetencia, imprevisión, incapacidad y, sobre todo, la ausencia de cualquier sentimiento humanitario, dio lugar a los trágicos y sangrientos resultados que todos conocemos. 119 rehenes murieron por la inha-

lación de gases tóxicos; 50 continúan en estado crítico. 150 permanecen hospitalizados, graves y 646 fueron ingresados por intoxicación, menos grave. Muchos rehenes fallecieron porque los médicos no pudieron atenderlos eficazmente, al desconocerse el gas utilizado.

Los silencios sobre el gas, la manipulación de las noticias y sus inmediatos desmentidos, sobre todo lo que rodeó la intervención de las tropas rusas (todavía no cuadran las cifras de muertos y desaparecidos) hacen difícil que nadie pueda creer las informaciones procedentes del Gobierno ruso. Después que Bush, saliera en su auxilio, afirmando que el gas utilizado podría tratarse de un derivado opiáceo, especialistas rusos y europeos, han manifestado que no han encontrado ningún resto de droga en la sangre de los fallecidos. Simplemente, como Husein con los kurdos y Estados Unidos con los vietnamitas, han utilizado armas químicas prohibidas. La criminal eliminación, a sangre fría, de los más de cuarenta secuestradores, gaseados, inconscientes e inofensivos, con un tiro en la sien, produce repugnancia e iguala al Estado ruso con los terroristas. Más desmoralizador es que, gobiernos democráticos hayan justificado la masacre, sin ningún matiz crítico, mientras han permanecido, ciegos, sordos y mudos, ante la barbarie de que se viene haciendo víctima a los chechenos. Vale que personajes como Bush, Berlusconi o Sharon, felicitaran al presidente Putin, un personaje adoctrinado en la represión de cualquier disidencia contra la dictadura comunista. Sin embargo, sentí un ligero escalofrío cuando, también, el presidente Aznar hizo lo mismo.

También me preocupa, aunque, no me extraña, que entre la oleada de personajes que se suman al vale todo contra el terrorismo, que justificaron el bombardeo y asesinato de miles de inocentes afganos, para capturar al que se consideraba responsable de los atentados de Nueva York y Washington; que no se conmovieron con la muerte, por asfixia, de cientos de prisioneros metidos en contenedores; que les tiene sin cuidado lo que ocurre en Guantánamo, donde ancianos de 80 y 90 años, sin acusaciones concretas, sin atención letrada, sin derechos, son tratados como «animales», encerrados en auténticos «cajones», se encuentren muchos de los que no dudan en asociarse, eso sí, aparentemente, en defensa de la ética, los principios constitucionales y la justicia, para conspirar contra el Gobierno socialista, por la utilización de la «guerra sucia» contra una banda sanguinaria de terroristas que, bajo las siglas de ETA, no dudaban en asesinar hombres, mujeres y niños, en una época en que, prácticamente, gozaban de total impunidad en Francia y en la que podía vérselos, en determinados bares de las ciudades galas de San Juan de Luz o Biarritz, brindando por sus «hazañas».

Justo FERNÁNDEZ

